

—Alto, decía la Emperatriz, hemos visto pasar hace poco algunos buitres, dijo uno de los ballesteros, pero no sabemos si son caballeros ó no. —A este tiempo, uno de los escuderos que estaba algo avanzado de los otros lanzó un vigoroso ¡quién va! —El rey, contestó á poca distancia una voz energética, la voz del mismo don Fernando.

CAPITULO XIII.

ZAYDA FATIMA SE ENTIENDE POR SEÑAS CON EL REY DON FERNANDO EL IV
 Á PROPÓSITO DE LA ESPADA DE DON JAIME EL CONQUISTADOR.

I.

Acercóse este, y dijo con acento entre acre y burlon á su tío: —¿Qué es esto? ¿habeis parecido ya, señor infante? Yo creía que no habíais de parar de correr hasta la fin del mundo.

Esto lo habia dicho particularmente el rey al infante don Juan.

—¿Sabeis, contestó este, que lo que yo he visto es para poner espanto al mas bravo?

—No me lo ha puesto á mí.

—¿Cómo, señor!

—Yo me quedé con el aparecido.

—¿Y habeis hablado con él?

—Sí por cierto, y el tiempo bastante para que haya podido decirme muchas y muy buenas cosas.

—¿Y era en efecto un aparecido?

—¿Pues no! ¿qué otra cosa que un aparecido quereis que sea

aquel conde don Lope Diaz que murió tan bien muerto y tan de mala muerte en Alfaro, bajo las espadas y las mazas de los buenos ballesteros hidalgos de mi padre?

—¡Con que era él, en efecto! dijo no pudiendo disimular su pavor el infante don Juan.

—Sí, él era, mi buen tío, dijo el rey; y por cierto que antes de desaparecer, como desaparecen las almas en pena, me dijo muy buenas cosas.

—¿Y qué cosas os dijo, don Fernando?

—Mirad, tío, contestó el rey: este vientecillo se va haciendo á cada momento mas fresco y mas húmedo, lo que no puede ser bueno para mis cuartanas; tengo además sueño; ha pasado la hora en que yo acostumbro á recogerme. Señor caballero del Aguila Roja, don Gutierre de Silva, añadió el rey con esa retentiva que suele ser tan comun en los reyes volviéndose á Zayda Fatima: guiad á vuestro campo resguardándonos.

Zayda Fatima tiró de la espada en honor del rey, y le saludó, hizo una seña á sus gentes, y los ballesteros, armando las ballestas, rodearon al rey.

Alfon Gil, con quien habia hablado en voz baja y á hurtadillas Zayda Fatima mientras el rey hablaba con el infante don Juan, adelantó hácia el campo, acompañado de algunos hombres con antorchas.

Los otros que antorchas llevaban, rodearon á los ballesteros que rodeaban al rey.

Se emprendió la marcha; detrás iba el infante, pensativo y mohino, por decirlo así, y tras el infante, Benavides con los hombres de la escolta del rey.

—Rica espada gastais, dijo este viendo á la luz de las antorchas la que en la mano llevaba Zayda Fatima; mostrad.

Zayda Fatima entregó su espada al rey.

Era como de cinco cuartas, de hoja muy ancha en su nacimiento, agudísima en su punta, fuerte, acanalada, acicalada y al parecer de corte muy duro.

La empuñadura se componia de un pomo, cuanto bastaba para la mano, de dos gabilanes largos y curvos, y era de oro macizo.

—¡Ah! exclamó el rey tomando la espada por la hoja y examinando la empuñadura. Esta es la espada de un rey; corona real en el pomo; en la cruz las barras de Aragon; por el otro lado un rey en silla de justicia. Paréceme que esta imágen de rey es la misma que se ve en el gran sello de la cancillería de Aragon del tiempo de don Jaime I. ¿Cómo ha venido á vuestras manos esta espada, señor caballero del Aguila Roja? añadió el rey, que continuaba examinando prolijamente la empuñadura de la espada.

Zayda Fatima hizo con el brazo derecho un movimiento, como el de quien combate; luego con los brazos una mímica que indicaba un hombre caido al suelo; luego la accion de arrancar á aquel hombre su espada, y despues la de ceñírsela.

—¡Ah, ya! dijo el rey; comprendo; esta es una prenda de victoria.

Zayda Fatima hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¿Qué calidad era la de esa persona? preguntó el rey.

Zayda Fatima hizo en el aire un círculo sobre su cabeza.

—¿Rey? preguntó el de Castilla.

Zayda Fatima hizo con la mano una seña que queria decir: mas bajo.

—¿Infante?

Zayda Fatima afirmó.

—Tal vez don Pedro, contestó con un acento en que vibraba algo de cólera el rey. Ese que dicen anda de incógnito por Castilla y aun por nuestra córte, pretendiendo le tome por marido la reina mi señora.

Hizo una nueva seña afirmativa Zayda Fatima.

—¿Fuisteis vos quien le venció?

Nueva seña afirmativa de la jóven.

—¿Dónde? preguntó el rey.

Zayda Fatima se volvió y señaló en el espacio, en la dirección de la Selva del Abrojo.

—No os comprendo, dijo el rey; es mucha cosa vuestro voto de silencio.

Zayda Fatima señaló al campamento que ya estaba cerca, y luego con la mano derecha sobre la izquierda hizo la señal de escribir.

—Sí, eso es mejor, dijo el rey; así nos comprenderemos.

Y devolviendo la espada real á Zayda Fatima, siguió marchando en silencio.

III.

Poco despues atravesaban la poterna del campo cerrado.

La compañía, aunque sin caballos los hombres de armas y sin arneses, ni mas que las lanzas en que se apoyaban y los escudos que tenian embrazados, se estendia á los dos lados de la calle, por la cual se llegaba á la gran tienda, situada en el centro del campo.

De trecho en trecho, entre estos hombres, habia uno con una antorcha.

Las trompas, las trompetas y los atabales batian una magnífica y enérgica marcha guerrera.

El rey entró en la tienda.

Quedáronse á su puerta Zayda Fatima, los ballesteros que habian escoltado al rey, el infante don Juan, Benavides, y los hombres de la escolta particular de don Fernando.

—Entrad, mi buen tio, entrad, dijo el rey; no os quedeis ahí á la puerta; este vientecillo va haciéndose cada vez mas frio, ó es que á mí me entra el frio de la quartana.

Don Juan entró.

—Señor caballero, añadió el rey dirigiéndose á Zayda Fatima: haced que cesen esos instrumentos: con el silencio de la noche, y como está Valladolid tan cerca, puede ponerse en armas la villa, suponiendo otra cosa. Que se recojan vuestros bravos soldados; no quiero dar mal rato á nadie: en cuanto á vos, esperad á que os llame.

Zayda Fatima se retiró, cayó el tapiz de la tienda, y el rey y el infante quedaron solos.

—Señor caballero, añadió el rey dirigiéndose á Xayda Fatima: haced que cesen esos instrumentos: con el silencio de la noche, y como está Valladolid tan cerca, puede ponerse en armas la villa, suponiendo otra cosa. Que se recogen vuestras piezas soldados; no quiero dar mal rato á nadie: en cuanto á vos, espere á que os llame.

Xayda Fatima se retiró, cayó el tapiz de la tienda, y el rey y el infante quedaron solos.

todo lo que aquí se ve. Lo que esto prueba es la rigidez de ese capitán, que ha tenido que bastante para comprar todo este lujo á los mercaderes judíos, contestó el infante, que estaba gravemente meditando.

CAPITULO XIV.

—Y bien: ¿qué os parece de ese capitán y de su compañero el caballero sin nombre, á quien por cierto no hemos visto, estáis hablando? contestó el infante, que para vos, y para los demás, las hincáis siempre en voto y esplicarse, porque esas cosas pueden ser un pretexto de la traición, y en vez de ser un pretexto justo, contestó el rey, tratemos de tal modo á quienes tan leales y tan generosos se nos muestran dejémoslos.

EN QUE EL INFANTE DON JUAN EMPIEZA Á VER EN SU SOBRINO DON FERNANDO, ALGO DE SU HERMANO EL REY DON SANCHO EL BRAVO.

también me ha hablado de traiciones el alma en pena de mi tío el conde don Lope Diaz de Haro, señor de ciertos estados. De traiciones os ha hablado, señor, dijo con cierto acento el infante don Juan.

I.

—¿Por cierto, mi querido tío, contestó el rey mirando profundamente al infante, y de traiciones vuestras, os suplico.

—Sentáos, mi buen tío, sentáos, dijo el rey, que habia tomado asiento en unos ricos almafares de terciopelo ó belludo, como se decia entonces, que al fondo de la tienda formaban un semicírculo, tras una mesa en que habia una lámpara de hierro de cuatro mecheros y de muy buena labor, y recado de escribir. No quiero que os canseis, os estimo mucho.

El infante se sentó.

—¿No os parece que todo esto huele á moruno? dijo el rey: mirad los rapacejos y las briscaduras de oro de estos almohadones; las labores de los paños de la tienda; los tapices de la puerta por donde se entra y los de esas dos de los costados, y la alfombra, que no puede ser mas hermosa. ¿Tendrá algo de moruno ese capitán mudo?

—No lo prueba, señor, por lo menos, el que sea moruno,

—Me encolerizo contra los que me calumnian, no contra vos, contestó reprimiéndose el infante.

1 Alfombra.

todo lo que aquí se ve. Lo que esto prueba es la riqueza de ese capitán, que ha tenido oro bastante para comprar todo este lujo á los mercaderes judíos, contestó el infante, que estaba gravemente meditabundo.

—Y bien: ¿qué os parece de ese capitán y de su compañero el caballero Sin nombre, á quien por cierto no hemos visto esta noche?

—Páreceme, contestó el infante, que para vos, y privadamente, les hiciérais romper su voto y explicarse, porque esos votos pueden ser un pretexto de la traición.

—No me parece justo, contestó el rey, tratemos de tal modo á quienes tan leales y tan generosos se nos muestran: dejémoslos estar, que ya tendremos tiempo de ver, y no nos rindamos tan fácilmente á los temores de traición. ¿Queréis creer que también me ha hablado de traiciones el alma en pena de mi tío el conde don Lope Diaz de Haro?

—¿De traiciones os ha hablado, señor? dijo con cierto aturdimiento el infante don Juan.

—Sí por cierto, mi querido tío, contestó el rey mirando profundamente al infante; y de traiciones vuestras.

Demudóse el infante y exclamó con acento ronco y tembloroso, en que se notaba una cólera mal reprimida:

—Solo un alma en pena, á quien no se puede arrancar la lengua, se atrevería impunemente á acusar de traición contra vuestra señoría, á vuestro tío el infante don Juan.

—Pues tantas traiciones vuestras me ha recordado mi buen tío don Lope, contando entre ellas la que hicisteis á don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, que, perdonad, pero me ha hecho sentir recelos acerca de vos.

—Ved lo que decís, señor, contestó ya de muy mal talante don Juan.

—Páreceme que os encolerizais contra mí, mi buen tío, dijo el rey poniéndose pálido y mirando de una manera centelleante á don Juan.

—Me encolerizo contra los que me calumnian, no contra vos, contestó reprimiéndose el infante.

—Tened en cuenta, dijo el rey, que los muertos están en el mundo de la verdad, y no pueden ni calumniar ni mentir.

—¿Estais seguro, señor, de que ha sido el aparecido quien os ha hablado?

—Sí por cierto: ha sido mi buen tío el conde don Lope, á quien mató por traidor mi padre en Alfaro. A no ser que no muriera allí el conde, lo que no creo, porque hubo muchos testigos de aquella muerte, y se hicieron al conde don Lope Diaz grandes exéquias, y se le enterró con gran pompa en el panteón de sus mayores; y desde que tengo uso de razón, estoy oyendo hablar de esa muerte á los que me rodean, y por cierto que un día me dijo mi buena madre:—Hijo mío don Fernando, no lleveis nunca vuestras iras contra los traidores hasta el punto de llamarlos á vuestro Alcázar y engañarlos y matarlos allí de mala muerte, como hizo vuestro padre, que Dios perdone, con mi cuñado el señor de Vizcaya, que en esto aparece mas la crueldad que la justicia, y mas que el castigo la venganza, y no aprovecha el escarmiento, sino que irrita; con otras muchas cosas que me dijo la reina mi señora, que es una santa, y mas valiera que no lo fuera tanto. Por ello, y por tantos testimonios como tengo de la muerte de mi tío don Lope Diaz de Haro, digo que esta noche se me ha aparecido su alma en pena.

—Murió, murió, dijo con la voz opaca y cobarde el infante; yo vi su mano asida aún al puñal con que quiso matar á mi hermano, separada de su brazo, caída en tierra; yo vi el raudal de sangre que de aquel brazo mutilado salia; yo vi al conde por tierra, aplastada la cabeza por las mazas de los ballesteros. Murió, sí, murió.

—Pues ya veis, mi buen tío; los muertos no pueden mentir.

—¿Y sabeis acaso, señor, dijo el infante, si está condenada el alma del conde don Lope, que murió inconfeso en una mala hora de odio, de cólera y de traición? ¿Sabeis si esa alma condenada y traidora en vida continúa siendo traidora en muerte? ¿Sabeis si quiere que vos me sacrifiqueis como á él le sacrificó vuestro padre, para que mi alma condenada le acompañe en pena cuando vaga entre las tinieblas de la noche?

—Oid, mi buen tío, dijo el rey, que estaba cada vez mas pálido; si llego á convencerme de que me haceis traicion, os mato, á no ser que el ángel de vuestra guarda ponga entre vos y yo á mi madre para que os salve una vez mas.

—¿Pero qué horrores, qué infamias os ha dicho de mí esa sombra maldita?

—Mirad, mi buen tío: segun lo que hemos sabido, está aquí, en este campo, mi prima, mi hermosa prima doña Juana Nuñez de Lara. Voy á mandar que os la entreguen; lleváosla, y que no la vuelva yo á ver mas. Salid, infante don Juan; mandad al caballero del Aguila Roja que entre, y esperad, para obedecer lo que yo os mande.

El infante salió aturdido, y poco despues entró Zayda Fatima.

CAPITULO XV.

EN QUE ZAYDA FATIMA HACE ALGUNAS IMPORTANTES REVELACIONES Y DA ESCULENTES CONSEJOS AL REY.

El rey se ponía á cada momento mas pálido y tiritaba de una manera sensible.

Zayda Fatima conocia demasiado la enfermedad del jóven príncipe; es decir, aquellas tenaces cuartanas que no se curaban con nada, y que estaban sostenidas tal vez por la intemperancia en el comer y en el beber, que no habia podido corregir, á pesar de todos sus esfuerzos, de todas sus persuasiones, la reina doña María.

Era verdaderamente esta señora desgraciada: como reina, luchaba contra ambiciones indómitas; como madre, veia que su hijo primogénito habia heredado el carácter violento, voluntarioso y antojadizo de su padre.

El valetudinario estado del rey reconocia por causa lo indómito de su carácter.

—¿Hace frio, caballero? preguntó á Zayda Fatima Fernando IV.